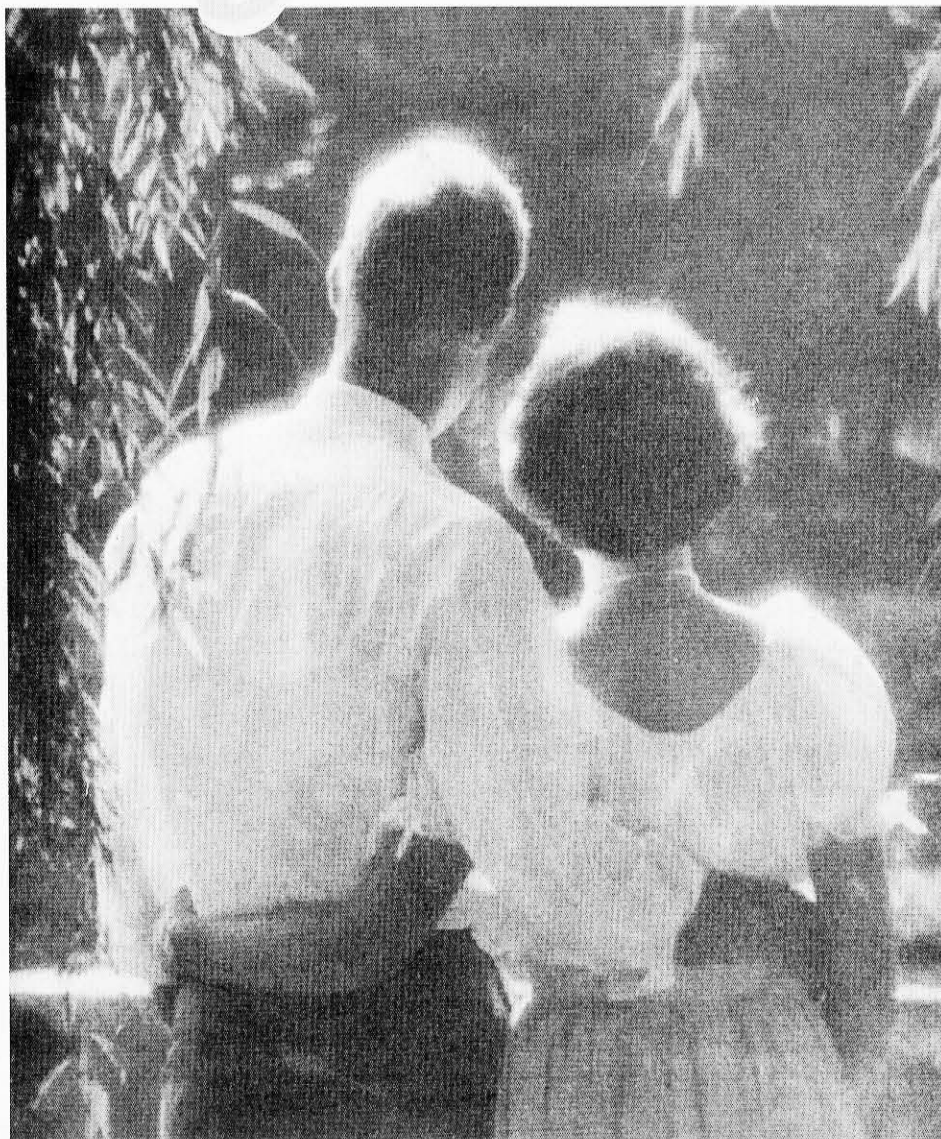


afecto



La aparición de la reproducción sexual en la historia es uno de los saltos cualitativos más importantes en la evolución de las especies. La reproducción asexual permite una multiplicación rápida y sencilla de los miembros de una especie, pero, al mantener idéntica dotación genética en los descendientes, el resultado son seres idénticos, sin verdadera individualidad y sin diferencia sobre las cuales puedan actuar de forma verdaderamente selectiva los principios que rigen la evolución de las especies. Las diferencias entre los miembros casi no existen, son meros accidentes ambientales, sin verdadero significado. Sin individualidad, por otra parte, no puede haber vinculaciones afectivas y sociales diferenciadas.

La aparición de la reproducción sexual, que es, como es sabido, muy anterior a la aparición del ser humano, significa un cambio cualitativo en la historia de las especies porque supuso:

a. La aparición de individuos con dotación genética diferente. Las crías tienen un programa genético distinto de cada uno de sus progenitores. Esto permite que los mecanismos de selección natural actúen de forma más eficaz, favoreciendo la supervivencia de los individuos que mejor se adaptan.

De esta manera tiene lugar la aparición de la individualidad y, por tanto, la posibilidad de que cada miembro de la especie tenga características propias y se relacione de forma preferencial con otros. (INDIVIDUALIDAD)

b. La aparición de características corporales (anatomía y fisiología sexual) y conductas especializadas en funciones diferentes en el proceso de reproducción. El macho y la hembra tienen órganos genitales externos e internos, gónadas, etc. que tienen distinta morfología y fisiología. (IDENTIDAD SEXUAL Y ROL SEXUAL). Sus conductas de fecunda-

y sexualidad

Origen y sentido
de la sexualidad y los afectos en la especie humana

ción o apareamiento, gestación o puesta de huevos, parto y alimentación de las crías, etc., son también distintas.

c. El desarrollo de emociones o sentimientos sexuales y refuerzos que hicieran interesarse al macho por la hembra y a la hembra por el macho: el deseo sexual, la atracción sexual, el placer sexual. De lo contrario ambos habrían permanecido ajenos el uno al otro, en lugar de sentirse pasionalmente motivados a aparearse (DESEO Y ATRACCIÓN SEXUAL).

d. La aparición y el desarrollo de vínculos estables entre los miembros de la pareja reproductora y entre éstos y las crías. Así aparecieron los vínculos entre determinadas parejas (muy evidentes en numerosas especies) y entre las crías y los progenitores (también muy fuertes en la mayoría de las especies). La "impronta" entre las crías y sus progenitores es un buen ejemplo de éstos últimos.

Estos vínculos de naturaleza sexual y social tienen como función esencial favorecer la supervivencia de las crías. Si los progenitores no se apoyaran de forma estable y las madres (en algunos casos también lo hace el padre) y las crías no se vincularan, éstas no podrían ser alimentadas ni protegidas cuando aún son indefensas e incapaces de buscarse el alimento (IMPRONTA DE LAS CRIAS Y PROGRAMACIONES PARA LA CRIANZA EN LOS PROGENITORES).

Por consiguiente, los animales sexuados tienen individualidad, identidad personal, identidad y rol sexual, motivaciones y refuerzos sexuales, y, por último, cierta organización social que abarca, al menos, a la actividad sexual, la crianza y los roles sexuales.

La sexualidad de los primates

Los seres humanos compartimos con todos los seres vivos que se reproducen de forma sexuada los aspectos esenciales antes señalados. Pero, sobre todo, compartimos con los primates una larga herencia filogenética, porque hemos hecho juntos un largo camino que nos hace muy semejantes, aunque, como veremos, puede decirse, a la vez, que somos también muy distintos.

Como nos recuerda Levy (1991, pág. 33) "la especie humana, como otras 200 ó 250 especies animales actuales forma parte del orden taxonómico de los primates. Un primate, por ejemplo, el ser humano, ... forma parte del reino animal, ... de

la clase de los mamíferos, del orden de los primates, de la familia de los homínidos, del género Homo, de la especie sapiens... y finalmente de alguna raza concreta actual".

Diferencias con los otros mamíferos

Los primates comparten muchas cosas con los mamíferos, pero también son muy distintos del resto de éstos. Entre aquellas diferencias que tienen especial importancia para la sexualidad destacamos las siguientes:

- Su ambiente de adaptación primitivo (aquél en el que se conformaron sus características esenciales) era arbóreo, para lo que fue esencial un desarrollo distinto de las extremidades anteriores (patas delanteras en los otros mamíferos), aspecto esencial en la evolución de estas especies, como veremos.

- Tienen cinco dedos en una mano prensil, con los dedos y articulaciones de los brazos muy móviles; lo que les da una gran capacidad de manipulación. Esta característica, íntimamente dependiente del ambiente de adaptación primitivo, ha sido seguramente esencial para el desarrollo de la inteligencia (por el uso instrumental de objetos), la inclinación al bipedismo de algunas de estas especies, la tendencia al contacto corporal manual, la comunicación gestual con las manos y la estimulación sexual manual. De hecho estas especies, aunque no hayan llegado la mayoría a ser bípedas, tienen la capacidad de comportarse como tales, sosteniéndose sobre las extremidades traseras y liberando las delanteras, postura que adoptan todas con mucha frecuencia, especialmente cuando interactúan socialmente, sujetan a una presa, comen y alimentan a las crías.

- Mejorar la capacidad de visión, puesto que para manejarse en un ambiente arbóreo es necesario controlar la distancia entre las ramas, la altura y la profundidad. Esta característica conlleva el que estas especies sean más visuales que olfatorias y, por tanto, que la interacción tienda a ser más frontal o vis a vis.

- Tener una coordinación muy desarrollada entre las manos y los ojos, lo que favorece el éxito de la manipulación, pasando las manos a tener una función verdaderamente central en todas las actividades.

- Haber alargado el tiempo de gestación de las crías, aunque esto lo comparten algunas especies de mamíferos. La dependencia de la cría del ama-

mantamiento y la protección, una vez nacida, es también muy prolongada. El amamantamiento tiene algunas características propias: depende de dos "tetos" que están en la parte superior del pecho, lo que obliga a que esta actividad se haga asociada a interacciones visuales y táctiles. Los mamíferos no primates tienen más tetos, las tienen entre las extremidades inferiores o a lo largo de todo el abdomen y alimentan a las crías de pie o echadas, sin cogerlas en brazos. Son además, las crías las que buscan la teta por sí mismas. Las madres primates cogen a sus crías con las manos, las abrazan contra su cuerpo, las ponen frente a sus pechos mirando su rostro y las observan y acarician mientras las amamantan. Las crías de los primates son las que nacen con menor movilidad y mayor dependencia de las madres, lo cual obliga a que éstas se ocupen más de ellas y a que las crías puedan aprender más cosas y durante más tiempo. La reproducción y la crianza es, por consiguiente, más social en los primates, aunque en todas las especies de mamíferos se crea un vínculo entre la madre y la cría que dura, al menos, hasta el final del amamantamiento.

- El cerebro de los primates está más desarrollado, tanto en relación con el volumen, como con su complejidad. Estas características les permite aprender más cosas unos de otros, mejorar el sistema de comunicación y dar un significado distinto a la sexualidad.

- La organización social de los primates es mucho más rica, variable y cambiante, como veremos a continuación, convirtiéndose en una característica esencial que regula la forma en que viven la sexualidad.

Sexualidad y organización social

La forma de vivir la sexualidad de los primates depende mucho de sus formas de organización social.

Hay, al menos, cinco grandes formas de organización social que condicionan la actividad sexual y la reproducción: cuando viven en monogamia, aquella en la que están separados los machos de las hembras, la poligamia, la poliandria y los sistemas que combinan la convivencia de muchos machos y muchas hembras.

En la monogamia permanecen juntos una hembra y un macho cuidando de las crías (es frecuente que ambos las transporten, las alimenten y las

protejan). Esta forma de organización no es la más frecuente, pero tampoco es extremadamente rara, puesto que se da entre el 10 y 15% de los casos. Macho y hembra se satisfacen sexualmente, se asean, comparten el alimento y se protegen.

En algunos casos, de forma ocasional, se han podido encontrar formas de monogamia-polian-dria, caracterizada porque uno o varios machos se unen a una pareja monogámica.

La organización más frecuente son diferentes formas de poligamia, con un macho dominador de un grupo de hembras o de un grupo de machos y hembras que conviven juntos. En ambos casos la dominancia de los machos más poderosos es un factor decisivo en la organización de la actividad sexual.

En algunos casos los machos y las hembras permanecen la mayor parte del tiempo separados, juntándose para aparearse en la estación de reproducción, sin crear lazos entre miembros de la pareja, ni los machos ocuparse de la descendencia. Tienen territorios diferentes a lo largo de todo el año y las crías están con las madres hasta que los hijos machos, al llegar su pubertad, tienen que abandonarlas para reunirse con los de su propio sexo.

Estas diferentes formas de organización social se combinan con frecuencia y cambian según determinadas circunstancias ambientales.

Pero, a pesar de estas diferentes formas de organización social, los principios reguladores de la actividad sexual dentro de todas ellas son los mismos: la dominancia, la afiliación y el aprendizaje.

La dominancia es la tendencia a organizar el sistema de relaciones a partir de una jerarquía de poder en cuya cúspide suele estar un macho dominador que tiene prioridad de acceso sexual a las hembras, aunque, a la vez, no sean infrecuentes los casos en los que las hembras eligen para coitar a otros machos, burlando la vigilancia del "dominador" (Levy, 1991, pág. 43-44). El principio de la dominancia o lucha por la posesión de las hembras es aún más claro y universal en otras especies de mamíferos, poniendo de manifiesto el alto poder motivador de la conducta sexual en todo el reino animal y la tendencia a hostigarse unos machos a otros en la lucha por poseer a las hembras.

La afiliación es la tendencia a establecer relaciones sociales positivas como el contacto corporal, la cooperación, la ayuda, el consuelo, etc. Por

lo que se refiere a los primates es necesario señalar que las conductas de afiliación son muy abundantes y están frecuentemente asociadas a la intimidad sexual y a los vínculos entre progenitores y crías. De todas estas conductas son especialmente frecuentes las de limpieza, que ocupan gran cantidad de tiempo a las parejas (limpieza recíproca) y a las madres (limpieza madre-hijo). Estas conductas tienen funciones higiénicas (como eliminar los parásitos) sociales (ocasión para reafirmar los vínculos y relaciones, así como para interactuar de forma rica), de relajación y sexuales. En efecto, pueden formar parte del cortejo y de los juegos paracoitales. Bien representativo es que aunque, en conjunto, las hembras realizan más actividades de limpieza de los machos y las crías que a la inversa, éstos están mejor dispuestos a limpiar a las hembras cuando ellas son más receptivas sexualmente.

El aprendizaje juega un rol muy importante como regulador de las conductas sexuales. Las crías observan las conductas sexuales (lucha por las hembras, cortejo, apareamiento, etc.), tienen un amplio contacto corporal con otras crías y con los adultos y realizan numerosos ensayos de monta, especialmente a medida que se acercan a la pubertad. Tal es así, que cuando los primates son criados en aislamiento, en situación de privación social, son incapaces de aparearse con éxito, además de sufrir otros trastornos sociales, como ya demostrara Harlow.

Por consiguiente, como puede verse, compartimos con los primates aspectos muy importantes de sus formas de organización social, la alta motivación sexual, que puede llegar también, en las personas con menos capacidad de autocontrol, al hostigamiento sexual, las conductas de afiliación y la necesidad de un proceso de socialización que nos permita adquirir aprendizajes sexuales.

La dependencia hormonal en la sexualidad de los primates

Todos los primates, incluida la especie humana, comparten no sólo estructuras anatómicas sexuales, sino también hormonas y mecanismos reguladores de la conducta sexual. Desde este punto de vista, el funcionamiento fisiológico de la sexualidad tiene muchas cosas en común. La diferencia esencial, como veremos, es que la sexualidad humana depende menos de los mecanismos fisiológicos y mucho más de los aprendizajes socia-

les, pero estas diferencias no anulan similitudes bien significativas.

Todas las hembras primates tienen ciclos dependientes de la regulación hormonal. Estos son de duración muy variable (desde siete hasta cuarenta días, según las especies) y tienen un funcionamiento similar al del ciclo de la mujer, siendo las diferencias esenciales que, en general, están más sujetos a variaciones estacionales (aunque algunas especies como los chimpancés se reproducen durante todo el año), van acompañados de manifestaciones que los hacen más evidentes (algunas especies cambian los genitales de color y/o desprenden olores o flujos vaginales cuando están con el "estro") y, sobre todo, regulan más el deseo y la atracción sexual llegando, en bastantes casos, a rechazar la relación coital fuera del periodo de estro en que las hembras pueden ser fecundadas. Es decir, el ciclo en la especie humana se ha hecho silencioso desde el punto de vista de las relaciones entre los hombres y las mujeres, salvo por la manifestación de la menstruación, y no regula, o lo hace de forma muy pequeña, el deseo, la atracción y el placer sexual de las mujeres.

Pero el estro es ya mucho menos importante, en cuanto factor regulador de la sexualidad de las hembras, entre los primates que entre el resto de mamíferos, ya que hay especies de primates que tienen características que se acercan, en algunos aspectos, a las de la hembra humana. Esto es tan evidente que algunos antropólogos llegan a decir que "el estro es un concepto poco útil para los primates dada la gran variabilidad en la conducta sexual de las hembras. En efecto, en algunas especies es imposible relacionar el momento de la ovulación con la actividad sexual. además la ovulación no es siempre visible. La hembra del orangután, por ejemplo, no parece emitir flujos vaginales y en el caso de la hembra del gorila son muy débiles. En los macacos, los flujos y los cambios de coloración varían de unas especies a otras" (Levy, 1991, pág. 54).

Los vínculos, las normas y las actividades sexuales de los primates

Los primates establecen, a veces, vínculos muy fuertes entre un macho y una hembra, fundados en la atracción sexual, pero también en otros aspectos de las relaciones sociales, como la defensa, el intercambio de alimentos y el cuidado de las

crías. Algunos autores incluso emplean la palabra "consorte" para explicar esta relación que puede durar horas, días, semanas, meses y años. Estos vínculos suelen comenzar con un período de cortejo iniciado por la hembra o el macho. El cortejo incluye vocalizaciones, posturas, expresiones faciales, conductas de aproximación, limpieza, contactos corporales, etc. En el cortejo y también una vez formada la "pareja" son muy frecuentes las conductas de afiliación comentadas más arriba: ayuda, apoyos en los conflictos, alimentación compartida, limpieza mutua, etc. Estas conductas pueden ser iniciadas por los machos pero también por las hembras que llegan, a veces, a buscar muy activamente a los machos, haciéndoles presentaciones ostentosas de sus genitales para atraerlos. Por supuesto, si no es su desco, las hembras pueden mantener sus genitales ocultos permaneciendo sentadas.

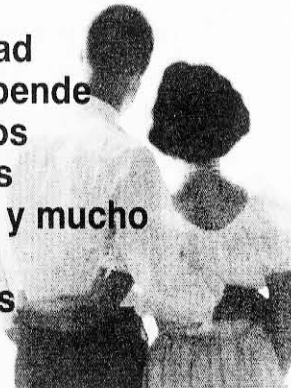
Existen también reglas sociales, además de las impuestas por la fuerza de un macho dominante o la preferencias sexuales de las hembras, que afectan a las conductas sexuales, de las que la más destacable es la evitación del incesto. Puede decirse que "la evitación del incesto está bastante generalizada entre los primates no humanos" (Levy, 1991, pág. 58), aunque hay también bastantes casos en que éste no es evitado, especialmente cuando no hay machos o hembras disponibles de otras familias. Los mecanismos que favorecen la evitación del incesto son muy variados. Entre ellos destaca el que los jóvenes machos tengan que abandonar el grupo familiar de origen (en parte por presión de los progenitores, especialmente del padre que posee sexualmente a las hembras y también por su propia tendencia a formar parejas o harenes propios), que las hembras jóvenes sean conquistadas por otros machos ajenos al clan familiar dominado por el padre, que machos y hembras jóvenes vean disminuido el interés sexual mutuo por la punición (en la que participan el padre y la madre) de los intentos de actividad sexual con los progenitores y por la propia familiaridad entre todos los miembros de un grupo. En efecto, algunos autores creen que el hecho de que la familiaridad en la crianza es un inhibidor de las conductas sexuales. Sean cuales sean las razones, la más evidente es, desde luego, la dominación de los machos-padres adultos, lo cierto es que la evitación del incesto se

da también en especies no humanas, y que cuando un adolescente quiere violar esta prohibición se inicia una lucha más o menos violenta que acaba con la expulsión del adolescente del grupo familiar.

Prácticas sexuales concretas

Son muy diversas y variables. De ellas la más importante y la que condiciona en buena parte todas las demás es el coito. Coito que realizan casi siempre "por detrás", con una monta del macho sobre la hembra que permanece "a cuatro patas" presentando sus genitales. Este tipo de postura se ve facilitada por el hecho de que las hembras de los primates no humanos tienen los órganos genitales muy atrás, en la zona caudal. El número de montas es muy variable de una especie a otras. En unos casos tienen la eyaculación con una sola monta (especies con monta simple), mientras en

La sexualidad humana depende menos de los mecanismos fisiológicos y mucho más de los aprendizajes sociales.



otros pueden llegar a varias decenas (especies con montas múltiples).

La práctica de la monta, por otra parte, no se da exclusivamente asociada a la reproducción. Se dan también como actividad sexual, con o sin penetración, en algunos casos, como juego sexual y como manifestación asociada a situaciones de agresión. Incluso se dan, a veces, entre machos. También algunas hembras pueden llegar a montar a machos y, sobre todo, a otras hembras, cuando están excitadas sexualmente.

A pesar de que el coito "por detrás" es el más común, pueden encontrarse casos en los que coitan en posición de casi sentados, "ventroventral", y también de forma mucho más infrecuente, cogidos en el aire, mientras se sostienen de las ramas con las extremidades superiores.

Durante la relación coital puede decirse que tienen reacciones muy semejantes al orgasmo de los seres humanos: erección, movimientos pélvicos, cambios respiratorios y cardíacos, espasmos,

parada final después de la eyaculación y período refractario en los machos; espasmos musculares del cuerpo, cambios en la tensión corporal y la respiración, lubricación vaginal, contracciones vaginales y tumescencia clitoridiana en las hembras. Incluso, algunos autores han descrito que algunas hembras vuelven momentáneamente la cara hacia el macho cuando este eyacula lo que puede interpretarse como un gesto interactivo protovisual, manifestando una cierta tendencia a buscar el "vis a vis", tan propio de la actividad sexual humana. Ambos, macho y hembra, emiten sonidos y cambian su expresión facial durante el proceso de relación sexual.

La masturbación es una conducta extendida entre los primates, incluso aunque tengan hembras disponibles, aunque su frecuencia es mucho mayor en situaciones de aislamiento. Los machos se suelen masturbar con mayor frecuencia que las hembras, utilizando casi siempre las manos. Las hembras pueden masturbarse con las manos, frotándose contra el cuerpo de otra hembra, contra algún objeto romo o, como es el caso de la orangutana, con frutos o trozos de madera. Puede llegar a haber, por tanto, un uso instrumental de los objetos con la finalidad de darse placer, por lo que estamos ante una manifestación verdaderamente proto-cultural.

Las conductas sexuales con miembros del propio sexo se dan también tanto entre machos como entre hembras. Consisten en "montas", estimulación directa de los genitales por frotamiento y, entre los machos, a veces, con coito anal o con frotamiento del pene sobre el cuerpo de otro macho. Pero es necesario destacar que la actividad sexual con los del propio sexo no se opone a la "heterosexualidad", sino que es compatible con ella. Es decir, no parece existir un fenómeno semejante al de la "homosexualidad" exclusiva de la especie humana.

Han sido también descritos casos de agresiones sexuales, aunque esta conducta es infrecuente. Casi siempre se trata de la agresión de un macho a una hembra que se resiste a copular. En estos casos, el macho no suele conseguir su objetivo dado que la hembra puede sentarse ocultando los genitales, enfrentarse al macho o huir con rapidez; por otra parte, el pene de los primates no humanos es muy pequeño por lo que el acoplamiento necesita, casi siempre, colaboración de la hembra.

La sexualidad humana

El ser humano inicia su historia cuando el proceso de reproducción sexual se lleva realizando desde miles de años antes en numerosas especies. Pero la sexualidad adquiere, en el caso de nuestra especie, características propias, que suponen una diferenciación cualitativa del resto de las especies, incluso del resto de las especies de primates cuya *conducta sexual acabamos de comentar*.

- a. Somos individuos diferentes genética y culturalmente. La individualidad genética se enriquece con los distintos procesos de culturalización que cada grupo y cada individuo hace (INDIVIDUALIDAD BIOLÓGICA Y CULTURAL). Esto nos hace únicos y diferentes no sólo por nuestras diferencias biológicas, sino, sobre todo, por nuestras diferencias culturales (etnia, lengua, religión, nacionalidad, clase social, nivel de escolarización, profesión, etc.). La DIVERSIDAD es, de esta forma, uno de los hechos humanos más destacables porque se trata de la especie más cultural: crea, conserva, acumula y transmite la cultura. A ello dedica la mayor parte de los esfuerzos de socialización. Para ello ha sido fundamental el desarrollo del lenguaje articulado y la escritura.
- b. Tenemos una identidad sexual dependiente de las características biológicas (morfología y fisiología sexual) que reconocemos en los primeros años de vida y se convierte en un esquema clasificador (los hombres y las mujeres) que mediatiza todos nuestros pensamientos, afectos y conductas (IDENTIDAD SEXUAL). El hecho de ser hombre o mujer es una de las categorías estables que más definen nuestra existencia desde el punto de vista biológico y social.
- c. Sobre la identidad sexual, las diferentes culturas han construido unos roles de género, casi siempre discriminatorios para con la mujer, que regulan numerosos aspectos de la vida social de las personas. Este hecho, más cultural que biológico, aunque estuviera influido en sus orígenes por características biológicas, pudo producirse porque en todas las culturas los hombres acabaron siendo dueños de las armas y, por tanto, del poder. (ROL SEXUAL -para referirnos a las asigna-

ciones sociales asociadas al hecho de ser hombre o mujer-).

Parece confirmado que en todas las culturas los roles de género existen y que, aunque hay grandes diferencias transculturales en su contenido, en todas ellas tiene más prestigio el rol del varón.

- d. La especie humana comparte con todas las especies sexuadas una fuerte motivación sexual (pulsión sexual, deseo, atracción, etc.) y el carácter reforzador de las conductas sexuales (placer sexual).

La novedad fundamental en la especie humana es que la motivación y el placer sexual no dependen de la reproducción, sino que pueden existir, y de hecho así es en la mayor parte de los casos, fuera de la intención y la posibilidad fisiológica de reproducción. Los miembros de la especie humana, con una capacidad de conducta proposicional (intencional) mucho mayor que otras, lo que desean es

La interacción sexual entre hombres y mujeres se ha hecho menos preprogramada, más libre, más igualitaria.



"pasárselo bien" en la actividad sexual y, solamente en algunos casos y momentos concretos, reproducirse. Además, independientemente de la intención, en la especie humana se puede desear y buscar la actividad sexual incluso cuando es fisiológicamente imposible la reproducción. El deseo y placer sexual de la mujer no están determinados por el "estro" o ciclo sexual, sino que puede estar presente en cualquier momento del ciclo o incluso cuando la mujer es ya postmenopáusica. El ciclo de la mujer ha pasado a tener una "ovulación socialmente muda"; es decir, sin signos que puedan inducir al varón a inhibir o buscar la actividad sexual en momentos determinados y sin condicionar a la mujer a desear únicamente la

actividad sexual en una estación o período concreto de cada ciclo.

Aunque se encuentran precedentes cercanos en los primates, como acabamos de ver, este hecho desvincula la sexualidad humana de la mayor parte de las especies. (DESEO SEXUAL Y ATRACCION) no dependientes exclusivamente de la regulación biológica, sino de numerosos factores personales, relacionales y culturales.

- e. En la especie humana, la sexualidad es una dimensión más rica y compleja que no se limita a la función reproductora, ni siquiera a la complementaria de búsqueda de placer en la actividad sexual coital. La sexualidad es, en la especie humana, una de las expresiones de la necesidad de contacto y vinculación (NECESIDAD DE CONTACTO Y VINCULACION).

Veamos algunas de las características que mejor expresan este hecho:

Las características morfológicas sexuales son distintas a las de otros primates y diferentes son también sus funciones sexuales en aspectos importantes.

Los cambios morfológicos y fisiológicos sexuales que diferencian a los primates de los otros mamíferos se han profundizado en los seres humanos, hasta llevarles a cambiar aspectos esenciales de la conducta sexual, en parte como consecuencia del cambio postural.

El ser humano es bípedo. Esta evolución seguramente tuvo que ver con el hecho de que algunas especies de primates, hace millones de años, tuvieron que salir del ambiente de adaptación arbóreo y adaptarse a lugares en los que no había árboles o eran mucho más escasos. Mientras en el bosque, para estar en los árboles, era fundamental que las cuatro extremidades fueran prensiles y se usaran de forma similar, entre la maleza baja y en el espacio libre era más adaptativo caminar "de pie" para poder ver mejor la caza y los predadores. Este hecho conllevó muchas consecuencias anatómicas, instrumentales, intelectuales, sociales y sexuales. Se produjo una especialización de las extremidades, las inferiores para caminar, correr y saltar (aún a costa de perder su carácter prensil); las superiores para recoger los alimentos, fabricar y usar utensilios, cazar, defenderse y atacar recurriendo a instrumentos, coger a los

pequeños, abrazar, acariciar, etc. Este cambio de postura es seguramente, al fomentar el uso de instrumentos manipulativos y favorecer la interacción frontal, lo que ha contribuido filogenéticamente más al desarrollo de la inteligencia y de la comunicación social.

Por lo que hace relación a la sexualidad, la "bipedestración" ha conllevado cambios en los genitales, especialmente en los de la hembra, y en la interacción sexual en general.

Los genitales de la hembra humana están en una posición más ventral o frontal que en otros primates. La propia base de la pelvis ha basculado hacia el frente, cambiando la inclinación de la vagina, que se adapta mejor a la penetración "de frente". Los senos han ganado en tamaño y no solamente tienen la función de dar leche, sino que en todas las culturas se han convertido en símbolos eróticos. Los senos también juegan un rol más importante en la postura "de pie", al aparecer en el frente y arriba, haciéndose, por tanto muy visuales. Este hecho también favorece que se busque la relación "de frente" para estimular mejor los senos y gozar de ellos.

El pene del hombre es mucho más grande que el de todas las demás especies de primates, lo que facilita el acoplamiento y la fecundidad, porque la eyaculación es más profunda. Además, en la especie humana, también se favorece la fecundidad por la tendencia a tener las relaciones echados en el suelo y permanecer yacientes después del coito.

En la hembra, como indicábamos más arriba, el ciclo menstrual se ha hecho silencioso desde el punto de vista social, salvo el sangrado de la menstruación. Mientras en la mayoría de los primates hay señales (cambio de coloración y fluidos vaginales) en la mujer la ovulación se oculta. Este hecho, unido a que la mujer puede desear tener actividad sexual a lo largo de todas las estaciones y de todo el ciclo, cambia radicalmente la sexualidad de la mujer y, por consiguiente, su interacción con el hombre. La mujer pasa a tener una receptividad continua y a poder sentirse atraída para buscar la actividad sexual en cualquier momento.

No es fácil conocer la razón por la que ha evolucionado así la sexualidad en la hembra humana. Las explicaciones son muy variadas. Para unos, la ovulación silenciosa es la mejor manera de reducir la competencia entre los machos por la posesión sexual de las mujeres; otros creen que es un meca-

nismo para evitar que las especies más avanzadas rechacen la fecundidad, ya que con la ovulación silenciosa no pueden predecir cuando habrá embarazo; algunos consideran que favorece el que la sexualidad sea más cultural e igualitaria obligando a hombre y mujer a hacer un contrato relacional basado en el mutuo acuerdo que incluya también el que el hombre se ocupe de la descendencia; también hay autores que consideran que así los hombres que no están habitualmente con una mujer no saben cuando ovula y les es más difícil dejarlas embarazadas. En todo caso, lo que es claro es que la interacción sexual entre hombres y mujeres se ha hecho menos preprogramada, más libre, más igualitaria y más dependiente de la negociación entre ambos sexos. La menor dependencia de las preprogramaciones hace que la sexualidad sea cada vez más social, es decir, esté construida más culturalmente. También contribuye, dada su mayor plasticidad, a ser más variable entre las culturas, las sociedades y las personas.

Orientación de la intimidad

Otra serie de características generales de los seres humanos hacen que esta especie esté mucho más orientada al contacto íntimo y la creación de vínculos sexuales y sociales.

En efecto, la especie humana está especialmente dotada para el contacto dérmico: se trata de una especie "pelada", sin apenas vello, "orientada para la interacción de frente" y con las "manos libres y tiernas".

La piel está casi toda ella sin vello, permitiendo el acceso libre y directo a su suave superficie y su temperatura cálida. Más de dos metros cuadrados de piel, llena de numerosas terminaciones nerviosas muy sensibles, con zonas especialmente erógenas y toda ella sensible al contacto y susceptible de llenarse de significados interpersonales. Este hecho antropológico, no solamente permite que la especie humana se adapte mejor a los cambios climáticos, puesto que hace posible que usemos diferentes tipos de ropas según la temperatura del entorno, sino que hace del ser humano una especie abierta totalmente al contacto, con toda la dermis capaz abierta al otro para tocar y ser tocada. De esta forma puede decirse que el cuerpo humano es un "mapa erótico" lleno de valles, montañas, recodos, senderos, arroyos con riberas, ríos profundos, playas de arena cálida, etc. que puede ser explorado y gozado.

El ser humano está especialmente orientado a la interacción íntima con otras personas, como demuestra también el hecho de que sus necesidades más básicas, alimentación y reproducción, se resuelvan "de frente", contextualizándolas en un encuentro corporal íntimo desde el punto de vista dérmico (con contacto corporal global de los dos cuerpos), unidos por el abrazo acogedor de la madre o los abrazos enlazados de los amantes, sin distancia espacial entre los cuerpos, vinculados por una mirada mutua, asociados en movimientos rítmicos coordinados (de la succión o de la respuesta sexual humana) y entregándose a las emociones más profundas, expresadas en códigos desformalizados llenos de significados únicamente entendibles en ese contexto y por los participantes.

Para el contacto íntimo es también fundamental el hecho, ya comentado, de que las extremidades anteriores hayan quedado libres al erguirnos y hayan perdido la dureza de la pezuña, articulándose en mil posibilidades de coger y acariciar, y, por fin, terminen en "yemas" carnosas y suaves. Así, puede decirse que las manos se han convertido en manos para coger, tocar, abrazar, estimular, acariciar y comunicar los sentimientos más íntimos.

Comunicación

La especie humana está también especialmente dotada para la comunicación. Su capacidad de expresión postural y gestual es prácticamente infinita. Puede transmitir y entender mil matices emocionales diferentes: el placer, el sufrimiento, la alegría, la tristeza, el enfado, la sorpresa, la ternura, etc.

El lenguaje articulado, las palabras, permiten interpretar toda la realidad, transmitir emociones y contenidos complejos, expresar sentimientos profundos, comunicar inquietudes, formalizar compromisos y pactos. Los signos de las palabras, el tono y timbre de la voz, el uso formalizado o desformalizado del lenguaje, la palabra convertida en susurro; el ser humano tiene infinitos recursos para la comunicación.

Comunicación que, por otra parte, nunca está acabada, porque la persona humana nunca se comprende del todo a sí misma, ni a los demás, ni a la realidad física y social. Por ello está "condenado" a interpretar continuamente, frecuentemente sumido en un mar de dudas, y motivado para compartir estas interpretaciones comunicándose con los demás.

La comunicación y el simbolismo transforma el significado de la sexualidad. La comunicación emocional y el lenguaje simbólico, junto a tantas capacidades intelectuales y sociales, como la de ponerse en el lugar del otro, empatizar, etc., producen un cambio cualitativo en el significado de la sexualidad. La sexualidad pasa a ser "interpretada", "regulada", "enseñada", "aprendida", "instrumentalizada" con otros fines, etc. La sexualidad se hace cultural, pasando a depender, en buena medida, de los procesos de socialización social y sexual. El lenguaje es tan importante que puede transmitir erotofilia o erotofobia, sexismo o equidad entre los sexos, dar nombres a las cosas y hasta construir la realidad dándole significados nuevos. Pensemos, por ejemplo, en las etiquetas "homosexual", "desviación", "degeneración", "partes bajas",... y tantas otras referidas a diferentes aspectos de la sexualidad.

Desde el punto de vista de la intimidad sexual, la comunicación emocional y el lenguaje simbólico le permite a la pareja "decirse" y "entenderse", excitarse con palabras tiernas, llegar a acuerdos, decir sí y decir no, convertir la intimidad sexual en un contexto de comunicación con contenidos mucho más amplios. En la especie humana el

rol de la comunicación es tan importante que hay personas que condicionan su propia excitabilidad sexual a la comunicación interpersonal, que puede acabar siendo casi una "condición sine qua non". Y son muchas más las que no encuentran sentido a la actividad sexual en sí misma, si no es en un contexto de comunicación y afecto. La culturalización de la sexualidad está, por tanto, íntimamente asociada a la comunicación y al afecto.

La especie humana está necesitada de resolver su soledad y su desamparo con fuertes vínculos con los demás. El vínculo del apego a personas que son entendidas y sentidas como incondicionales, el vínculo de la amistad y el vínculo del enamoramiento.

Éstos vínculos dan estabilidad a las relaciones entre los padres y los hijos, los compañeros y los amantes. La naturaleza de cada uno de estos vínculos es bien distinta, pero todos ellos hacen del

ser humano una especie para la vinculación. En estos procesos de vinculación la sexualidad juega un rol fundamental: por ella se forman las parejas, la intimidad sexual es uno de los contenidos más específicos y significativos de la relación y, por último, el compañero sexual pasa a ser, en muchos casos, la principal figura de apego y el amigo o amiga más importante. La estabilidad de los vínculos de la pareja tiene claras funciones adaptativas para la especie, puesto que favorece la crianza de los hijos; pero es, sobre todo, un hecho social. En la especie humana hemos dado significado cultural a la relación de pareja, elaborado leyes y asignado penas para los que las violan;

...la comunicación emocional y el lenguaje simbólico le permite a la pareja "decirse" y "entenderse", excitarse con palabras tiernas,...



hemos, en definitiva, convertido en cultural la realidad biológica de la sexualidad.

La especie humana tiene capacidad de establecer compromisos y alianzas. Sobre la base de capacidad de reconocimiento de la individualidad de los demás, recuerdo de la experiencia y posibilidad de hacer proyectos de futuro, los seres humanos asumen compromisos relacionales que pueden ser muy estables. Es, por consiguiente, una especie que tiene la capacidad de establecer alianzas y compromisos y decidir la duración de éstos. Tales compromisos favorecen la estabilidad de la familia y de la sociedad, incluso si se generaliza, como ocurre en la cultura occidental actual, el derecho individual a decidir cuándo, con quién, cómo y durante cuanto tiempo vincularse.

Todos estos elementos son la base sobre la que se asientan las relaciones humanas íntimas,

independientemente de las formas sociales que revisten en cada cultura.

- La especie humana tiene capacidad para generar grandes entramados sociales en los que casi todos los aspectos relacionados están regulados por leyes, costumbres y valores que cada grupo social ha ido construyendo. Estos entramados sociales se han hecho a partir de los clanes familiares y las alianzas entre clanes, hasta formar, por razones étnicas, militares y económicas los grandes estados contemporáneos. Para ello fue necesario regular las relaciones sexuales, las de pareja y las de crianza.

- Entre todas las normas han tenido especial importancia las referidas a las relaciones entre los sexos (roles de género) y el tabú del incesto. Las primeras han acabado legitimando la desigualdad entre el hombre y la mujer.

- El tabú del incesto, norma que ha de considerarse universal en las casi cinco mil sociedades estudiadas, con excepciones que se deben a causas muy concretas, hace la paz en la familia, y favorece las alianzas con otros clanes, al obligar a buscar mujer o marido fuera de la propia familia.

Todas estas características hacen que el ser humano sólo pueda ser entendido como un ser para el contacto y la vinculación. La reproducción sexual

fue el salto cualitativo que desencadenó y necesitó de todos estos procesos. Por ello la sexualidad humana debe estar asociada indudiblemente a la resolución de la necesidad de contacto y vinculación que forma parte de la "condición de la existencia humana". Si no resolvemos bien esta necesidad, nos sentiremos solos, abandonados, marginados, insatisfechos, excluidos del proyecto que somos, vacíos y radicalmente inseguros. Necesidad que, por otra parte, nunca se resuelve del todo y para siempre, sino que la sentimos continuamente como impulso hacia la búsqueda y el encuentro con los demás: como placer, gozo y seguridad en cuanto a lo alcanzado; como ansiedad, malestar y soledad en cuanto a lo nunca consumado □

(CONTINUARÁ)